

29 Jul., 1960



Aquí se está tramando un asesinato. Todos están de acuerdo en que hay que matar a Nabucodonosor, el gato parlanchín y chismoso. Sólo lo defiende su profesor de idiomas, Jorge Quevedo. La escena corresponde a "Aquí Hay Gato Encerrado", que se representa diariamente en el Teatro Talía.

AQUI HAY GATO ENCERRADO

EN el programa que se entrega a los espectadores que asisten a las presentaciones de "Aquí Hay Gato Encerrado", Miguel Frank expresa que su única pretensión al escribir este juguete cómico fue la de entretener. Es una plausible y difícil intención. Plausible, porque el ritmo de la vida contemporánea exige con urgencia mayores posibilidades de distracción, y difícil, porque este ritmo ha hecho cada vez más ardua la tarea de "entretener".

El cine ha proveído al público de una entretención popular y agradable. Buenos intérpretes, multiplicidad de decorados, visiones de tierras y costumbres exóticas permiten que quienes deseen pasar un momento de escapista distracción obtengan por un precio relativamente módico su ración de entretenimiento. De ahí que el autor teatral que pretenda "simplemente entretener" deba aguzar al máximo su ingenio, encontrar nuevas y originales situaciones, mantener en constante actividad la imaginación del espectador.

No sucede esto en "Aquí Hay Gato Encerrado". Se trata de una comedia que tiene algunos pasajes entretenidos, una anécdota central que es original y que se alarga en demasía y un cúmulo de situaciones convencionales. La idea central de la pieza pertenece al humorista Saki; los problemas que se plantean en una casa cuando un excéntrico profesor triunfa en sus experimentos tendientes a enseñar a hablar a un gato. Es, por cierto, una si-

tuación original que se presta al cuento —su versión original—, o a una comedia en un acto. Al escribir una obra en tres actos en torno a esta anécdota, Miguel Frank se vio forzado a crear subtramas que no tienen ni el interés ni la gracia de la situación central. No logra, pues, el autor su propósito de entretener, sin que esto quiera decir que la comedia aburra. Simplemente se la ve con cierta simpatía, sin que en ningún momento el espectador se sienta envuelto en su trama.

Resaltan en la actuación los errores de reparto. Intérpretes que son reconocidos, al menos, por su discreción y seriedad artística se ven forzados a servir papeles que no calzan en absoluto a sus posibilidades. Tal es el caso, especialmente, de Dora Barahona y Calvin Lira. Corresponde a la actriz interpretar a una sofisticada estrella cinematográfica conocida por el seudónimo de "el busto" y a Calvin Lira la personificación de un adolescente enamorado de ella. Ni Dora ni Calvin Lira salen airosos de estos papeles tan ajenos a sus tipos físicos y condiciones interpretativas. Lira, especialmente, es víctima de una dirección desacertada que le hace aparecer como una caricatura de una caricatura. Exagera constantemente en una gesticulación afectada que nunca antes habíamos visto en este sobrio actor.

Jorge Quevedo, en su papel de profesor, hace una caracterización correcta y adecuada. Su calidad interpretativa permite humanizar su papel y extraer

de él ciertas notas de ingenua ternura, que contrasta con la artificialidad del resto. Armando Fenoglio y Doris Landy tienen, también, un correcto desempeño dentro de las posibilidades que les otorgan sus respectivos papeles. La discreta escenografía pertenece a Norman Day.

SERGIO VODANOVIC